

pocos descendientes que conservan algún sello feliz del temperamento de sus padres.

Stevenson, Louis Robert,
Virginivus poerisque,
México, Premia editora 1980.

AMOR LOCO

André Breton

Querida Ecusette de Noireuil:

En la hermosa primavera de 1952 cumplirás dieciséis años y tal vez te sentirás tentada de hojear este libro, del que me gusta pensar que eufónicamente el título te será traído por el viento que inclina los espinos blancos... Todos los sueños, todas las esperanzas, todas las ilusiones bailarán, espero, día y noche, a la luz de tu cabellera, y yo sin duda ya no estaré allí, yo que sólo desearía estar para verte. Los caballeros misteriosos y espléndidos pasarán raudos, en la hora del crepúsculo, a lo largo de los cambiantes riachuelos. Bajo ligeros velos verdes de agua, con un peso de sonámbula, una doncella se deslizará bajo las altas bóvedas, donde parpadeará una sola lámpara votiva. Pero los espíritus de los juncos, pero los gatos minúsculos que fingen dormir en las sortijas, pero el elegante revólver de juguete perforado por la palabra "Baile" evitarán que tomes estas escenas por el lado trágico. Sea cual fuere la parte nunca bastante hermosa, u otra cualquiera, que te sea dada, no pudo saberlo, te agradará vivir, esperarlo todo del amor. Ocurra lo que ocurra hasta que puedas leer esta carta — parece que lo que debe ocurrir es lo imprevisible—, déjame pensar que tú entonces estarás dispuesta a encarnar esta potencia eterna de la mujer, la única ante la cual me he inclinado. Que tú acabes de cerrar un pupitre sobre un mundo de fantasía color azul cuervo, o que te destaqués, con la excepción de un ramillete que llevas en el talle, como una silueta solar en el muro de una fábrica — me hallo lejos de esta seguro acerca de tu porvenir—, déjame creer que estas palabras: "El amor loco" serán las únicas que tendrán relación con tu vértigo.

Estas palabras no cumplirán su promesa porque sólo te esclarecerán el misterio de tu nacimiento. Hace mucho tiempo pensé que la peor locura era dar la vida. En todo caso, estaba resentido contra los que me la habían dado. Es posible que tú me detestes ciertos días. Por esto he escogido contemplarte a los dieciséis años, edad en que no puedes detestarme. ¿Contemplarte, he dicho? ¡Oh, no! Sólo tratar de ver con tus ojos, de mirarme con tus ojos.

Niña mía que sólo tienes ocho meses, que sonríes siempre, que estás hecha a la vez como el coral y la perla, entonces sabrás que todo azar ha sido rigurosamente excluido de tu llegada, que ésta ha ocurrido a la misma hora en que debía ocurrir, ni más tarde ni más temprano, y que ninguna sombra te esperaba encima de tu cuna de mimbre. Hasta la gran miseria que era y es la mía, se calmaba durante algunos días. Por otra parte, no estaba enojado contra esta miseria: aceptaba tener que pagar el rescate de mi

no esclavitud perpetua, del derecho que yo mismo me había otorgado una vez por todas de no expresar más ideas que las mías. No estábamos tan... Ella pasaba a lo lejos, muy embellecida, casi justificada, un poco como en esto que se ha llamado, referido a un pintor que fue uno de tus primeros amigos, la *época azul*. Ella aparecía como la consecuencia casi inevitable de mi rechazo a pasar por donde casi todos los demás pasaban, fuesen de un bando o de otro. Esta miseria, hayas o no hayas tenido tiempo de detestar, piensa que sólo era el reverso de la milagrosa medalla de tu existencia: menos brillante, sin ella, hubiese sido la Noche del Tornasol.

Menos brillante porque el amor no hubiese tenido que desafiar todo lo que desafiaba, porque no habría tenido, para vencer, que contar en todo y para todo en sí mismo. Tal vez esto era una terrible imprudencia, pero era justamente esta imprudencia más bella joya del escriño. Más allá de esta imprudencia lo único que quedaba era cometer otra mayor: la de hacerte nacer, aquélla de la cual eres el aliento perfumado. Era necesario que a lo menos, entre una y otra, fuese tendida una cuerda mágica, tendida hasta romperse sobre el precipicio para que la belleza fuese a arrancarte como una imposible flor aérea, ayudándose con su único contrapeso de volatinero. ¡Ojalá llegue el día en que te complazca pensar que eres esta flor, que has nacido sin ningún contacto con el suelo desgraciadamente no estéril de lo que se ha convencido en llamar "los intereses humanos"! Surgiste del sólo centelleo de lo que fue bastante tarde para mí el resultado de la poesía a la que me había entregado en mi juventud, de la poesía a cuyo servicio he continuado, con desprecio por todo lo que no fuese ella. Te has encontrado allá como por encanto, y si alguna vez descubres una huella de tristeza en estas palabras que por primera vez dirijo *sólo a ti*, puedes decirte que este encanto prosigue y proseguirá formando uno contigo, que está obligado a soportar en mí todos los desgarramientos del corazón. *Siempre y mucho tiempo*, las dos grandes palabras enemigas que se enfrentan desde que se trata del amor, no han cambiado nunca más ciegas estocadas que hoy por encima de mí, en un cielo todo entero igual que tus ojos, cuyo blanco es todavía tan azul. De estas palabras, la que lleva mis pabellones, incluso si su estrella palidece en esta hora, incluso si debe perder, es *siempre*. *Siempre*, como sobre la arena blanca del tiempo y por la gracia de este instrumento que sirve para contarlo, pero sólo hasta aquí te fascina y te sitia de hambre, reducido a un hilillo de leche sin fin fluyendo de un seno de cristal. Hacia todo y contra todo, yo habría mantenido que este *siempre* es la gran llave. Lo que yo he amado, lo haya conservado o no, lo amaré *siempre*. Como tú estás llamada a sufrirlo también, yo quisiera, al terminar este libro, explicarte. He hablado de cierto "punto sublime" en la montaña. Nunca se trató de establecerme allí. A partir de aquel momento, por otra parte, hubiera dejado de ser sublime y yo de ser hombre. A falta de poder razonablemente fijarme allí, por lo menos nunca me he alejado hasta perderlo de vista, hasta no poderlo mostrar. Yo había escogido ser este guía, me había obligado, por consiguiente, a no enajenarme ese poder que, en la dirección del amor eterno, me había hecho *ver* y concedido el privilegio más raro de *hacer ver*. Nunca me lo he enajenado, nunca he cesado de estar unido a la carne del ser que amo y de la nieve de las cumbres cuando sale el sol. Del amor sólo he querido conocer las horas de triunfo, cuyo collar te coloco y cierro. Estoy seguro de que comprenderás qué debilidad me ata a la perla negra, la última, qué suprema esperanza de *conjuro* he puesto en ella. No niego que el amor tenga que trenzarse con la vida. Digo que debe vencer y para esto haberse elevado a una tal conciencia poética de él mismo que todo lo que encuentre necesariamente hostil se funda en la hoguera de su propia gloria.

Por lo menos esto hubiera sido permanentemente mi gran esperanza, a la cual nada

arrebató mi incapacidad, a veces, de estar a su altura. Si alguna vez se ha comprometido con otro, me aseguro de que éste no te toque de menos cerca. Como he querido que tu existencia conociera esta razón de ser que yo había pedido a lo que era para mí, en toda la extensión de la palabra, la belleza, en toda la extensión de la palabra, el amor —el nombre que te doy al principio de esta carta no da sólo cuenta encantadoramente, bajo la forma anagramática, de tu aspecto *actual*, ya que, mucho después de haberlo inventado para ti, advertí que las palabras que lo componen me habían servido para caracterizar el aspecto mismo que había tomado para mí el *amor*: esto debe ser la *semejanza*—, he querido aún que todo lo que yo esperaba del acontecer humano, todo lo que según creo hace que valga la pena luchar para todos y no para uno, dejó de ser una manera formal de pensar, cuando sería la más noble, para compararse con esta realidad en acontecer viviente que eres tú. Quiero decir que temí, en una época de mi vida, verme privado del contacto necesario, del contacto humano con lo que existiría después de mí. *Después de mí...* Esta idea continúa extraviándose, pero se vuelve a encontrar maravillosamente en un cierto ademán que tú tienes *como* (y para mí sin *como*) tienen todos los niños pequeños. He admirado tanto, desde el primer día, tu mano. Revoloteaba, dejándolo casi inane, alrededor de todo lo que yo había tratado de edificar intelectualmente: ¡Esta mano es cosa insensata, y me apiado de los que no han tenido ocasión de adornar con ella la más hermosa página de un libro! Súbita indignancia de la flor. Basta examinar esta mano para pensar que el hombre vuelve irrisorio lo que cree saber. Todo lo que comprende ella es que está verdaderamente hecha, en todos los sentidos, para lo *mejor*. Esta ciega aspiración hacia lo mejor bastaría para justificar el amor tal como yo lo concibo, el amor absoluto, como único principio de selección física y moral que puede responder de la no vanidad del testimonio, de la jornada humanos.

Sonaba con esto, no sin fiebre, en septiembre de 1936, solo contigo en mi famosa casa inhabitable de sal grema. Sonaba con esto en el intervalo de los periódicos que relataban, más o menos hipócritamente, los episodios de la guerra civil española, de los periódicos detrás de los cuales tú creías que yo desaparecería para jugar contigo al escondite. Y esto era también verdad, porque en tales minutos el inconsciente y el consciente, bajo tu forma y la mía, existían en plena dualidad uno cerca del otro, se mantenían en una ignorancia total uno del otro, y sin embargo, se comunicaban por medio de un solo hilo todopoderoso que era entre nosotros las miradas que cambiábamos. Ciertamente, mi vida pendía de un hilo. Grande era la tentación de ir a ofrecerla a los que, sin error posible y sin distinción de tendencias, querían, costase lo que costase, acabar con el viejo "orden" fundado en el culto de esta trinidad abyecta: la familia, la patria y la religión. Y sin embargo, me retenías con este hilo que es el de la felicidad, tal como se transparente en la trama de la desgracia misma. Yo amaba en ti a todos los niños de los milicianos de España, semejantes a los que vi correr desnudos en los barrios de pimienta de Santa Cruz de Tenerife. ¡Que al sacrificio de tantas vidas humanas pueda hacer de ellos, un día, seres *felices*! Y sin embargo, no me sentía con valor de exponerte conmigo para contribuir a que esto fuese.

¡Ante todo, que la idea de familia sea enterrada! Si he amado en ti la realización de la necesidad natural, es en la medida exacta en que en tu persona ha sido por completo semejante a lo que era para mí la necesidad humana, la necesidad *lógica*, y en que la conciliación de estas dos necesidades siempre se me ha ofrecido como la única maravilla al alcance del hombre, como la única oportunidad que tiene de escapar de vez en cuando de la maldad de su condición. Has pasado del no ser al ser en virtud de uno de estos acordes realizados que son los únicos para los cuales me ha complacido

tener una oreja. Eres dada como posible, como cierta en el momento mismo en que, en el amor más seguro de sí mismo, un hombre y una mujer te querían.

¡Alejarme de ti! Me importaba demasiado, por ejemplo, oírte un día contestar con toda inocencia a esas preguntas insidiosas que los mayores hacen a los niños: “¿Con qué se piensa, se sufre? ¿Cómo se ha sabido su nombre, a la luz del día? ¿De dónde viene la noche?” ¡Como si pudieran decirlo ella mismas! Siendo la criatura humana, para mí, perfecta en su autenticidad, tú debías, contra toda verosimilitud, enseñármelo...

Deseo que seas locamente amada.

Breton, André,
El amor loco,
México, ed. Joaquín Mortiz, 1975.

EN EL AMOR NO HAY REGATEOS [PARIS] 22 DE OCTUBRE DE 1923

Antonin Artaud

Querida, *queridísima* Génica:

Sólo puedo responderte esto:

Cuando se ama de verdad a alguien, se lo acepta íntegro, con sus vicios, sus defectos, sus miserias, y sin cansarse. Nunca consentiré en separarme de ti; NUNCA. En amor no hay regateos: todo o nada. Pero yo necesito todo. Ya que eres despiadada conmigo, ya que no consientes en darme tregua y no te decides a ser razonable, también yo seré cruel, y te diré: sufres; sea, continúa sufriendo. Pero yo sufro como un condenado; he superado todo sufrimiento, y sin embargo vivo y tengo paciencia. Ten paciencia también tú; haz como yo. No me das más que sinsabores. Tú tienes momentos agradables. Pero para mí ya no hay momentos agradables en esta vida. Cada segundo es una *eternidad* infernal, SIN SALIDA, sin esperanza. Es extraño, muy extraño que no te compadezcas de mi mal y que persistas, pese a todo, en quejarte de los medios que empleo para aliviarlo. Respecto de las deducciones que haces sobre las consecuencias de este alivio, hace ya mucho que he renunciado a discutir las. En este caso no se trata de medicina. Comprende de una vez por todas que considero perdida mi vida; cómo no va a estarlo cuando los dolores en que me deshago en llanto son tan espantosos, que ya mismo renunciaría a vivir con tal de librarme de ellos. Una sola hora de alivio no tiene precio para mí; todo lo demás no me importa. Escucha esto, además:

Acaso tenía buenas noticias para ti, pero el abatimiento infinito en que me ha hundido tu carta las ha hecho pasar al último término. He consultado en lo del doctor Toulouse a uno de sus médicos; considero que es una consulta muy importante. Se